



Las representaciones sociales y su configuración narrativa

Primera Parte: La configuración de los agentes

Jesús María Aguirre

RESUMEN

El autor reformula la teoría de las representaciones sociales, a partir de la tesis de la configuración narrativa, inspirado en Paul Ricoeur. Tal viraje hermenéutico supone redefinir la relación entre "experiencia" y "expresión", recuperando la noción de sujeto desde la agencia social y la identidad narrativa. Sostiene que en la base de todos los discursos de las Ciencias Sociales está la configuración narrativa que busca, directa u oblicuamente, la representación de la praxis social por el nexo de la imputación causal, por las diversas escalas de las entidades agenciales y por los distintos modelos temporales.

Inspired by Paul Ricoeur, the author reformulates the theory of the social representations from the thesis of the narrative configuration. This hermeneutical change of course supposes to define again the relationship between "experience" and "expression", recovering the notion of subject from the social agency and the narrative identity. He affirms that the narrative configuration is at the bottom of all social sciences discourses, which searches, directly or obliquely, the representation of the social praxis through the causal imputation nexus, through the diverse scales of the negotiating entities and through the different temporal models.

INTRODUCCION

En esta primera parte me propongo reflexionar sobre la constitución del discurso de lo vivido dentro de unas coordenadas neohermenéuticas que consideran la auto-comprensión del intérprete y el juego intersubjetivo de construcción social de la realidad. Es decir, analizar por la vía de la crítica regresiva las condiciones de comprensibilidad del discurso sobre lo vivido en sus diversas modalidades (historias de vida, autobiografía asistida, sociología de la vida cotidiana...) que sirven de base a las categorizaciones sociológicas.

Las Ciencias Sociales en cuanto modo de "saber" (función de representar), que pretende dar explicación (función de argumentar) ante una comunidad científica sobre un objeto simbólicamente construido (función de comunicar), están constreñidos por las condiciones de producción discursiva, en general, y del relato de lo vivido, en particular.

A mi entender hay dos núcleos problemáticos sobre nuestro modo de "hablar" con pertinencia en las ciencias sociales. Uno derivado de la representación de los aconteceres en cuanto experiencias de lo vivido en un horizonte histórico y otro de las exigencias comunicativas que revelan el carácter constructivo e intersubjetivo de las expresiones en diversas instancias comunicativas. La

primera cuestión se refiere al estatuto narrativo o no narrativo de la reconstrucción de las experiencias, y el segundo a las condiciones de su expresión comunicativa, que distancian al autor del contexto original y del control primario de la co-presencia para remitirse al control secundario de los interlocutores científicos.

En este ensayo, apoyándonos en el método de deconstrucción discursiva y la crítica regresiva, pretendemos establecer un giro interpretativo, capaz de superar los impasses sobre el sujeto planteados por el psicoanálisis, el estructuralismo y postestructuralismo, sin perder el horizonte latinoamericano, a su vez fuertemente influenciado tanto por el debate europeo como angloamericano.

De las últimas corrientes mencionadas podemos decir, siguiendo a Anthony Giddens, que "aunque no transformaron nuestro universo intelectual del modo en que a menudo se pretendió, llamaron nuestra atención sobre problemas de considerable y perdurable importancia" (Giddens 1990: 254).

Entre estos tópicos cruciales hemos seleccionado en primer lugar el descentramiento del sujeto y el carácter de la temporalidad como componente constitutivo de la naturaleza de objetos y sucesos, ya que afecta a la validez misma del discurso sociológico sobre lo vivido. Por razones

de método expositivo deslindaremos esta cuestión de la problemática de la configuración del acontecer, a sabiendas de que requieren ser relacionadas después sintéticamente.

1.1. EXPERIENCIA Y EXPRESION

La sociología de pretensiones nomológicas resuelve inmediatamente el problema de las diferencias entre las nociones de experiencia y expresión, clasificándolas en una taxonomía bipolar de interioridad-exterioridad y distinguiendo los actos ejecutivos de los expresivos. Pero es a esta objetualización fragmentaria a la que se pretende escapar. No le falta razón a Feyerherand cuando observa:

"La ciencia, el sentido común, e incluso el sentido común refinado del racionalismo crítico utilizan ciertas categorías fijas ('sujeto', 'objeto', 'realidad') además de muchos puntos de vista cambiantes que contienen. Por ello no son completamente racionales. (Feyerherand 1975: 33).

La formulación de una antropología de la experiencia por utilizar una nomenclatura anglosajona (Victor Turner 1982) o de la sociología de lo vivido en expresión más extendida en el mundo académico latino (Ferrarotti 1991) nos llevan a situar como "realidad primaria" de las ciencias sociales la "experiencia vivida". Experiencia que no debe confundirse con la noción de "conducta", descrita por un observador externo, ya que la "vivencialidad" implica la participación y su "comunicación" tiende a ser autoreferencial.

Dejamos ahora de lado las fuentes de inspiración de este enfoque, sustentado tanto en los clásicos Dilthey, Simmel, Weber, en las corrientes renovadoras de la fenomenología sociológica de Berger y Luckmann, del interaccionismo simbólico de Mead, Goffmann, Garfinkel como en la revisión crítica del marxismo (De Miguel 1969; Giddens 1976; Touraine 1978; Wolff 1982).

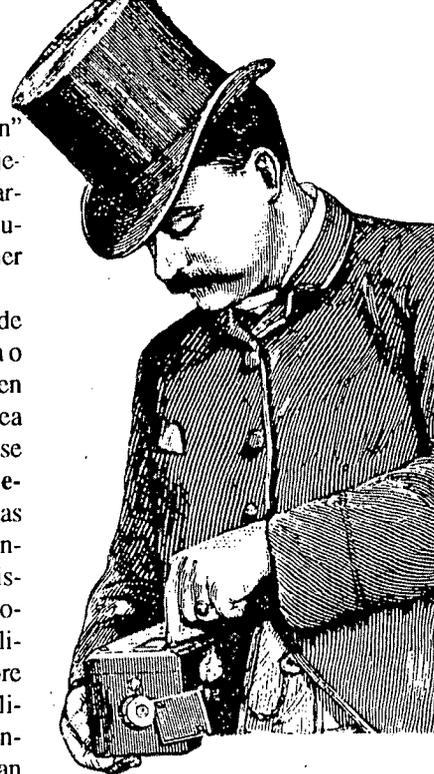
Edward Bruner ha sabido exponer con acierto el nuevo giro interpretativo al distinguir por una parte el

concepto conductista de la "acción" (behavior) como hecho social objetualizado y la "experiencia" compartida interpretativamente en la articulación de la intersubjetividad (Bruner 1984 : 7).

La circularidad hermenéutica de una antropología de la experiencia o de una historia de vida pone así, en juego, la **realidad** exteriorizada, sea la que sea, la experiencia tal como se presenta a la conciencia, y las **expresiones** en las que los individuos las enmarcan y articulan. La experiencia culturalmente construida y la distancia entre ella y sus manifestaciones expresivas a la vez que posibilitan la comprensión advierten sobre las tensiones existentes entre realidad, experiencia y expresión. Tensiones que cognitivamente se sitúan a nivel de las mediaciones.

Este enfoque de las experiencias que se transforman en "expresiones" recurre a modelos dialógico-dialécticos para representar el modo como la experiencia estructura las expresiones, y éstas a su vez modelan la experiencia. Tomemos, por ejemplo el caso del mismo investigador. El cientista como intérprete de la realidad interviene primariamente en la transformación simbólica de ésta, independientemente de su mayor o menor compromiso en la praxis social de incidencia directamente política. Pero su comprensión práctica dependerá de la precomprensión del mundo de la acción, aunque su relación con la acción presente invocará otra dimensión, la política abierta al futuro, que está incoada primariamente en su práctica teórica. Así el análisis social y la proyección de la práctica teórica se articulan y no se confunden.

Esta reformulación solventa, a mi entender, la preocupación de A. Giddens al cuestionar aquella concepción de la acción "como significado, más que de la acción como praxis, esto es, del compromiso de los agentes en la satisfacción práctica de los intereses", porque en el quehacer científico se conjugan el trabajo semántico de la representación de la acción y la pragmática de la acción discursiva (Giddens 1976). Y la me-



dida de su validez proviene ante todo de su práctica teórica de "hacer saber" sea para comprender, explicar o transformar el mundo de las representaciones. De otro modo, como advierte Wittgenstein, lo que meramente se hace, no requiere ser dicho.

La crítica de una semiología inmanentista se basa precisamente en el aserto de que no es posible una comprensión semántica de la acción social sin una referencia última a la praxis. Más aún ella exige una competencia suplementaria sobre la pragmática de las acciones que envuelve a la tríada referente, interpretante y signo en una situación sociocultural dada y en una circunstancia histórica determinada (Peirce 1955; Ricoeur 1992). Ahora bien, la proyección de este modelo al campo de la teoría social tal como han intentado Martín Serrano (Martín Serrano 1977) y Eliseo Verón (1987), exige algunas precisiones.

Martín Serrano en su teoría de la mediación social, en consonancia también con Verón, ha pretendido articular la tríada de los componentes en una perspectiva sociológica para representar la producción social de la comunicación. Desde el punto de vista cognitivo define la "mediación" como:

"sistema de reglas y de operaciones aplicadas a cualquier conjunto de hechos, o de cosas pertene-

cientes a planos heterogéneos de la realidad para introducir un orden" (Martín Serrano 1977: 49).

Al tratar de buscar el aspecto general, compartible por todos los mediadores encuentra un nivel lógico común, el del modelo de orden, que puede ser considerado como la traducción formal del control real, encomendado a las instituciones sociales.

Distingue tres tipos de mediaciones en función de los referentes mediados:

- a) las **representaciones** que reducen la disonancia entre los objetos y los modelos (ej. un animal mecánico);
- b) las **ideologías** que reducen la disonancia entre los modelos y los actos (ej. las creencias);
- c) las **funciones** que reducen la disonancia entre los objetos y los actos (ej. un reglamento).

Sin embargo, aun admitiendo el carácter generador-generado del proceso de enculturación, relleva mayormente la fase de estructuración condicionante con menoscabo del proceso generador e interactivo de toda producción simbólica. Ni siquiera la dialectización salva la relativa autonomía de los agentes y su variabilidad en diferentes situaciones sociales o circunstancias históricas. La distancia entre infraestructura, estructura y superestructura es aplanada sin mayores concesiones a la intervención histórica de los actores sociales.

Desde otra perspectiva menos sistemática y más deudora del historicismo Foucault cede a una lógica semejante al reducir la pluralidad discursiva a un orden que sólo revela la "expresión" dominante y elude las múltiples disonancias emergentes (Foucault 1972; 1980).

Aun tratándose de la participación en la misma "episteme", la consideración del punto de vista del paciente del sistema o del agente desestructurador, hace estallar el modelo que reduce a un plano el orden plural del discurso. Las aportaciones de Bakhtin, Kristeva, Genette, sobre la multiplicidad de voces (Bakhtin 1979), la productividad transformadora (Kristeva 1977) y la inter-

textualidad (Genette 1982), que son aplicables no solamente a los textos-objeto sino al mismo discurso reconfigurador del analista dan cuenta de las insuficiencias del monóculo sistemático.

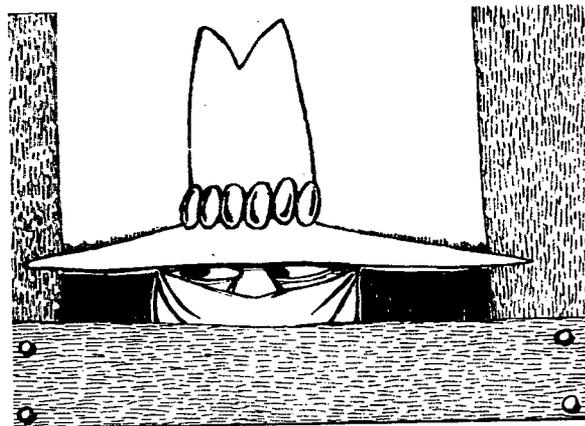
Por la necesidad de buscar un punto de vista cognitivo para determinar un objeto formal homogéneo, referido a los componentes de la acción social —actos, objetos, modelos—, se disuelven el carácter intersubjetivo de las expresiones y su temporalidad, en favor del simulacro unitario y atemporal que construye el analista para su mejor manipulación metodológica. A mi juicio las pretensiones nomológicas del discurso científico, que responden a una legalidad de la comunidad de los científicos o de sus administradores, no justifica la suplantación de las expresiones de unos sujetos, reducidos a objeto con fines taxonómicos o de racionalidad instrumental (Habermas 1989)

Aquí nos parece pertinente la crítica de A. Giddens a los historiadores que hago extensiva a los teóricos de las ciencias sociales que privilegian los enfoques nomológicos:

"El historiador es un ser reflexivo, consciente de la influencia de la escritura de la historia sobre la determinación del presente. Pero esta cualidad de autocomprensión no parece extenderse a los propios agentes históricos" (Giddens 1990: 278).

El cientista social no puede olvidar la intermediación comunicativa en la que se sitúa. Por un lado como partícipe de una experiencia compartida en el campo con la comprensión de los objetos sociales, que a su vez poseen su propia experiencia de sí, del observador, de su intervención, y de otro lado como productores de un discurso cuya elaboración va destinada a una comunidad científica.

Elucidar la identidad y el estatuto de los agentes discursivos en cuanto enunciatarios primarios de una relación —sea informe o narración—, que pretenden arrogarse la voz de otros agentes secundarios —enunciados como entidades—, para ser transmitidos a unos sujetos terciarios, constituye, por tanto un problema central.



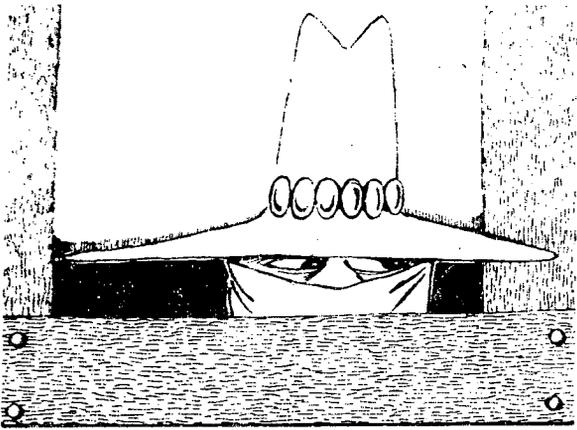
Dicho de otra manera pretendemos revelar las operaciones por las que el cientista cuenta las aventuras de sus personajes, llámense actores, sujetos o fuerzas sociales, interviniendo en posición de tercera persona bajo la mirada de otros científicos espectadores.

1.2. EL AGENTE ANONIMO

Una de las cuestiones cruciales de las ciencias sociales con pretensiones nomológicas ha sido la del tratamiento del sujeto o actor social. Pues, si bien la teoría social debe conservar el interés por el sujeto como ser que razona y actúa, el sujeto asimismo debe ser "descentrado" en favor de una mayor atención a la praxis social (Cohen 1990: 364).

Desde Marx al estructuralismo, pasando por el psicoanálisis freudiano, se ha cuestionado la primacía de la conciencia y el planteo filosófico común del sujeto por sí mismo en un acto original, fundamental y fundante. Marx, maestro de la sospecha, sova la confianza idealista en la conciencia al señalar las determinaciones materiales que constriñen las justificaciones de los individuos y las inversiones que se producen en las representaciones mentales (Marx 1958).

El psicoanálisis va aún más lejos al instaurar un campo o una tópic de lugares. —inconsciente, preconsciente, consciente— como sistemas de representaciones y afectos regidos por leyes específicas, sin tener en cuenta la percepción interior del sujeto, confinado a la competencia de los roles —yo, ello, superyó—. Es decir se establecen relaciones irreductibles a toda cualidad de concien-



cia, a toda determinación de "vivencia" (Ricoeur 1970; Lacan 1977: 11).

Por su parte el desafío estructuralista consiste en que se ubica la noción de significación en un campo diferente del de los objetivos intencionales de un sujeto. De tal forma se considera legítimo describir el lenguaje o cualquier institución social como un sistema autónomo de diferencias, en una palabra como estructura en el sentido fuerte del término (Ricoeur 1975; Levi-Strauss, C. 1987).

Las traslaciones de la infraestructura en la superestructura, al menos en la versión mecanicista del marxismo, el reemplazo del objeto libidinal por metas socialmente aceptables, y la subsunción del sujeto en la urdimbre de las diferencias, desplazan la centralidad del sujeto y con él la de la "agencia" productiva de los actores sociales.

Decimos que desplazan y no eliminan, puesto que trasponen la problemática al final de un proceso por el cual se logra la reapropiación verdadera del sujeto. Para unos y otros tras el derrocamiento de la centralidad del sujeto queda pendiente la cuestión de explicar cómo es posible que un sistema autónomo, al que se supone sin sujeto, entre en operaciones, se transforme, se preste a un uso y una historia.

Ricoeur por vía de la crítica regresiva muestra cómo la categoría de producción significativa inherente a la constitución de los sujetos y a la praxis social no es inteligible sino desde la postulación de que el "sujeto es portador de significación" así se trate de un sentido social sedimentado e instituido hasta convertirse en un haber disponible.

Sólo una abstracción permite separar el sistema anónimo respecto de unos acontecimientos y actores a través de los que se actualizan los cambios. Por eso la cuestión del sujeto reaparece en el nivel del discurso realizativo —¿quién habla?— y de la praxis social ¿quiénes actúan?

La coartada de que el "yo" es una creación del lenguaje o una operación discursiva contradice el supuesto extralingüístico del pronombre personal, que manifiesta la capacidad del locutor de plantearse como sujeto y de oponerse a otro como interlocutor. Y esta autoreferencia se constituye también simétricamente con la referencia a la realidad en la praxis social.

En un argumento experiencial "ad hominem" diríamos que aun el cientista más anónimo está emplazado a dar razón de su relación autorial ante una audiencia de la comunidad científica por muy fundido que esté en un colectivo indiferenciado. Y esta misma lógica es la que prevalece cuando se analizan distintos cursos de acción alternativa cuando intervienen los sujetos sociales en los procesos de estructuración social o en las realizaciones históricas. Al decir de Hechter "la teoría de la opción racional puede incorporar en sus mecanismos casi todo aquello que los análisis estructurales pueden revelar y, además, puede complementarlos con supuestos sociales y psicológicos elementales que sirven para motivar la acción individual" (Hechter 1992: 391).

Las explicaciones estructurales y las de opción racional resultarían así menos incompatibles de lo que se ha supuesto, y en último término la opción racional poscería la ventaja heurística de situarse en la raíz de los procesos de comprensión, que es el de la atribución causal singular, simbolizable en diversas instancias discursivas.

No puede haber comprensión de la realidad y menos explicación o pretensión de verdad, sin la autoafirmación de un sujeto que se determina y se compromete en su acto expresivo; ni tampoco intervención social y consiguientemente praxis

social, donde no se explicitan el deseo de ser y el esfuerzo por existir que nos constituyen. El sujeto instaurado en su "agencia" es el que articula la posibilidad de autodesignarse en la instancia del discurso y de posicionarse con referencia práctica al mundo, correlacionando experiencias y expresiones en el intercambio con otros sujetos.

Esta es la razón por la que A. Giddens, reconociendo el valor revulsivo de los planteamientos post-estructuralistas, señala su límite al observar que "no se consigue una unificación verdadera entre la diagnosis de epistemes en tanto que existentes 'extratemporalmente' y el proceso generativo implicado en la organización y el cambio históricos" (Giddens 1990: 277).

Sin embargo las sospechas volcadas por el marxismo, el psicoanálisis y el estructuralismo han sido saludables para reformular con menos ingenuidad las atribuciones de la "agencia" social.

La identidad de "lo que soy" y la identificación del "sujeto social" resultan tan problemáticos como el hecho apodíctico de que son "entidades" operantes a nivel personal o colectivo. Sólo que la posición inexpugnable de tal experiencia consciente no asegura la adecuación según la cual somos tal como nos percibimos. En otras palabras, queda por averiguarse la identidad de los agentes en la trama social de las representaciones, donde se estructura el imaginario cultural (Bourdieu 1970; Beriaín 1990).

1.3. LA IDENTIDAD NARRATIVA

La recuperación del sujeto reducido o bien a un átomo social objetivado por una variable mensurable, o bien a un caso ilustrativo de una magnitud macrosocial, exige reformular los postulados que fundamentan el valor cognitivo de la categoría de los sujetos sociales como entidades de atribución causal y de la narratividad como discurso explicativo.

Ferrarotti trata de solventar este doble reto recurriendo a un marco

ontológico, que ha sido tildado de “existencialista sartreano”, y extrapolando la definición marxista de la esencia del hombre como conjunto de relaciones sociales (Córdova 1997: 75). Según esta concepción la experiencia vivida es una síntesis de la propia praxis y tal actividad por ser sintética constituye una totalización activa de todo el contexto social.

Aunque cabe justificar tal opción con el criterio práctico de que tal método se esfuerza en elevarse de lo particular a lo general, en un camino inverso a la teoría sociológica, con la excusa de que se trata del mismo objetivo de dilucidar el movimiento social e histórico, a mi entender hay que clarificar aún más los límites de ambos itinerarios metodológicos. No se trata tanto de discutir sobre la validez intrínseca de la filosofía y sociología envueltas en la “Crítica de la razón dialéctica” de Sartre, cuanto de soldar la ruptura entre las macrocategorías de carácter nomológico, sean marxistas o estructuralistas, que si no son de carácter acronológico, se despliegan en términos de larga duración al aplicarlos a vastos conjuntos históricos o sociales.

Aún entre los nuevos historiadores se hablará de “grupos sociales”, “tendencias profundas”, de “instituciones políticas” de “mentalidades”, etc., invalidando la presuposición tácita de que los acontecimientos son aquellos que los individuos hacen que sucedan o padecen. Las historias particulares tendrían, por tanto, poco interés científico (Braudel 1949).

De esta forma se niega el valor de una historia episódica de acontecimientos, cuyo valor no sobrepasa el de unos materiales confusos, que no pueden constituir más que una historia-narración. Pero en este desvío de la historia política, militar, eclesiástica, etc. hacia la historia social, que se mantiene celosa de no perder su especificidad, no se ha percibido que la condición de su no reductibilidad a series legales de tipo demográfico, económico, etc. reside en el carácter específicamente narrativo de esos cuasi acontecimientos de larga duración, cuyas mutaciones lentas se

compendian en la memoria del historiador por un efecto de aceleración cinematográfica.

Es decir que la diferencia entre individuo y grupo o entre corta y larga duración se torna irrelevante a la hora de describir una secuencia de acciones y de experiencias “hechas por” o “sucidadas a “ un cierto número de personajes, representados en situaciones que cambian o reaccionando al cambio de las mismas (Ricoeur 1987: 256).

Ya desde Durkheim se ha desarrollado un esfuerzo teórico para tratar de vertebrar las correspondencias entre “conciencia colectiva” y “representaciones colectivas” por el camino corto de las constricciones, basadas en la normatividad (Durkheim 1978; 1982).

En este atajo metodológico la microperspectiva de la sucesión de acontecimientos cotidianos o personales es reemplazada por la macroperspectiva de los cambios en las fuerzas sociales y colectivas. Tal traslación, sin embargo, no hace sino introducir por contrabando la metafóricidad del orden discursivo.

La diferencia de la llamada objetividad histórica o sociológica y su correspondiente corte epistemológico proviene así entre otros criterios de la magnitud de las entidades que se consideran con objeto suficiente para esas disciplinas.

Mientras que en la narración tradicional o en la crónica, a penas usada como material, la acción se refiere a agentes que se pueden identificar, designar con nombre propio, y considerar responsables, en la historia-ciencia o su investigación sociológica se resemantizan las categorías para aplicarlas a un nuevo tipo de objetos apropiados a su modo explicativo. En lugar del sujeto de la acción o del actor social tendremos “naciones”, “sociedades”, “clases sociales”, “mentalidades”, “civilizaciones”, etc.

Pero, pese a este corte epistemológico, la historia incluso social no puede perder su vínculo con la narración sin perder su carácter específico, o sea su historicidad. Obviamente ya no nos referimos aquí

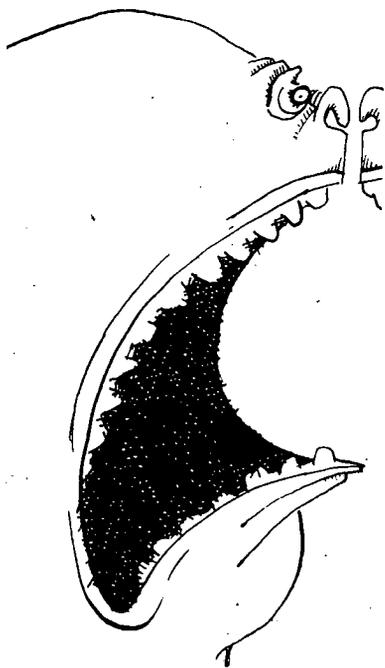
a los testimonios narrados, utilizados como fuente, sino a la misma estructura narrativa del discurso histórico. En este sentido es válida la aserción de Michel de Certeau para quien “la escritura de la historia no es exterior a la concepción y a la composición de la historia; no constituye una operación secundaria, propia sólo de la retórica de la comunicación, y que podría desestimarse como si fuera de un orden solamente redaccional “ (De Certeau 1975).

Hoy comienza a ser revalorizada la narración como tipo de explicación, basado en modelos alternativos de trama, vinculado a un punto de vista distanciado de la comprensión de los personajes, capaz de integrar en una unidad significativa componentes tan heterogéneos como las circunstancias, los cálculos, las acciones, las ayudas u obstáculos, y hasta los resultados indeseados o no previstos.

En este sentido el reparto de perspectivas puestas en juego por el analista, aun manteniendo un metalenguaje vigilante, no es diversa de la forma literaria, “en la que la voz del narrador se eleva contra un trasfondo de ignorancia, incompreensión u olvido para dirigir nuestra atención conscientemente hacia un segmento de experiencia organizada en una dirección determinada” (White 1972).

El tipo de entidades y la modalidad de la argumentación discursiva marcarán las diferencias de una historia social, de una sociología de lo vivido o de una historia de vida, pero en la base de todos esos discursos está la configuración narrativa que busca directa u oblicuamente la representación de la praxis social —hacer cosas o hacer que sucedan cosas—, por el nexo de la imputación causal singular— sea con explicación nomológica o comprensión teleológica ; por la diversa escala de las entidades agenciales —unidades mayores o menores—; y por los modelos temporales construidos sobre el tiempo de la narración o el de la praxis — tiempo del relato y tiempo vivido—.

La propuesta de Diana Charquía sobre la constitución de los sujetos, deudora de Zemelman como reco-



noce ella, nos parece congruente con la tesis de la identidad narrativa, ya que la posible construcción de la subjetividad social puede verificarse por las expresiones discursivas o prácticas, analizables por una semiótica textual o social.

A mi juicio, precisamente la capacidad de autoreferencia narrativa de un grupo social sobre sus prácticas materiales y simbólicas en la reconstrucción de su propia realidad significativa, puede ser un indicador menos arbitrario para establecer el grado de intencionalidad manifiesta en la praxis social, aunque desde el punto de vista cualitativo la cantidad de enunciados no marcará el índice de su densidad (Charquía 1989: 5).

La prolija discusión e investigación sobre la identidad social ha enriquecido notablemente la descripción de los marcos socioculturales, los contextos institucionales, y los mecanismos complejos que intervienen en la identificación personal y grupal (Dundes 1983; Maffesoli 1990; Rabotnikof 1990; Echebarría 1991).

Tanto los nuevos desarrollos de la "teoría de la acción" y de los "actos del lenguaje" coinciden en destacar la centralidad del relato, como la dimensión discursiva proporcionada a la dimensión temporal de la vida. La historia de una vida por el recurso a la configuración narrativa puede ser expresada y convertida en una historia contada.

La identidad de la historia, al de-

cir de Ricoeur, es la que la hace la identidad del personaje (Ricoeur 1992); y por ello sostenemos que el carácter durable de los personajes, representación de los sujetos sociales se sostiene simbólicamente por la identidad narrativa de unos actores, cuya comprensión sólo es posible por la referencia a unos agentes esforzados en construir realidad significativa.

1.4. LA TRANSMUTACION DE LOS AGENTES

Los procesos de identificación que en el pasado tendieron a tratarse de una forma substancialista, tras el sismo psicoanalítico han sido considerados como momentos condensatorios de un movimiento heraclítico poco previsible. Y ello, a pesar de la experiencia vital que no sabe representarse sin acudir recursivamente al juego de las identidades de personas y objetos.

Al responder a la pregunta de quién soy, el psicoanálisis ha explorado las autoimágenes basadas en la teoría especular pero su aplicación al campo social resulta poco productiva. En cambio la psicología social, inspirada en la concepción interaccionista de George H. Mead ha desplegado una fecundidad enorme a través de los análisis de las prácticas de habla pública interpersonales (Mead 1982).

Para el objeto de nuestro estudio tiene particular interés el constructivismo social del "self", tal como lo han expuesto Harré y Gergen, ya que reportan pruebas empíricas de la identificación social molecular y sus variaciones, que ratifican la hipótesis de la identidad narrativa a nivel del discurso histórico expuesta anteriormente.

El "self" en esta perspectiva sería un "artefacto cultural", un concepto como el de la felicidad, el cielo o la libertad, que ha sido elaborado para imponer orden a las acciones humanas. Organizamos nuestra experiencia de forma que puede ser comunicada, comentada, facilite la cooperación etc., dentro de los recursos lingüísticos que disponemos

y en contextos de interacción. Una vez "reificados" tales conceptos, referidos a estados internos, se convierten en "realidades" (Harré 1987).

A pesar de la preeminencia otorgada por Harré al análisis de las prácticas sociolingüísticas su proyecto puede ser ampliado a las prácticas sociales por mediación de la descripción del self como narración, tal como lo hace Gergen (Gergen 1988). Y ésta es la perspectiva que resulta congruente con la crítica regresiva sobre el relato histórico. Según Ricoeur la pregunta por el "ser del yo", y, en definitiva del agente social, se contesta narrando una historia, contando una vida. Atendiendo a la secuencia narrativa, recogida oralmente o por escrito, sabremos de los actores sociales y de su acción, más allá de los datos conductuales.

En término de Gergen, menos preocupado por los aspectos filosóficos e históricos, para hacer posible la vida social se requiere percibir la conducta de los otros agentes sociales de cierta forma estable y predecible, aunque su verdadera naturaleza sea cambiante. La configuración del self como síntesis de corporalidad y estados internos (rasgos de personalidad, emociones, motivaciones, etc.) respondería a esta dinámica.

Ahora bien el conocimiento social de nosotros mismos no lo hacemos por el mero reflejo especular de realidades psicológicas internas, sino por las convenciones lingüísticas estables, entre las que cobran centralidad las "formas narrativas". Estas se definen como "desarrollo de autonarraciones en las que los sujetos intentan establecer conexiones coherentes entre los sucesos vitales (...) tales creaciones narrativas son esenciales al dar una visión propia de sentido, de significación y una dirección". El self narrativo "se refiere a las explicaciones del sujeto de las relaciones entre los sucesos relevantes para el self a través del tiempo.

Hemos subrayado los términos "conexiones coherentes" y "explicaciones" para resaltar el carácter constructivo frente a la sensación de fugacidad de las experiencias y a la vez su composición argumentativa

ante la necesidad de dar cuenta racional de su acción ante los demás en una perspectiva predictiva.

Llegados a este punto ni la refiguración del yo por la apropiación del personaje en Ricœur, ni la negociación social de las autonarraciones, nos ofrecen instrumentos analíticos para describir los conflictos en la construcción de identidades interdependientes, las mediaciones de poder y, en fin, los factores de transmutación. Hablo de transmutaciones para designar los cambios en los núcleos aparentemente más estabilizados y substancializados en la dinámica social como la identidad étnica (raza), la identificación social (clase social), la categorización nacional (patriotismo), etc. que se consideran como entidades de primer orden en la historia y en las ciencias sociales.

La constelación de identidades colectivas, que se han formado a través de la praxis histórico-social está encarnada y situada en procesos de luchas, discontinuidades y diferencias, producto de experiencias vividas, pero los conjuntos de respuestas están instituidos y se instituyen permanentemente. Los espacios de experiencia se configuran en discursos competitivos que presentizan el pasado por las tradiciones y proyectan al futuro las expectativas (Castoriadis 1983).

Queda pendiente, pues, un vasto programa de investigaciones teóricas y empíricas sobre las entidades y tramas que atraviesan el tejido social, urdimbre de historias de vida y prácticas institucionales. A partir de nuestras reflexiones seguimos encontrando algunos nudos teóricos difíciles de desenredar:

¿Cómo se producen y re-producen los fenómenos de "pertenencia participativa" que relacionan las diversas entidades históricas con las distintas esferas de la acción?

¿Cuáles son las mediaciones simbólicas, en este caso narrativas, que atestiguan los reconocimientos en determinados contextos culturales, donde prevalecen las instituciones massmediáticas?

¿A través de qué mecanismos se

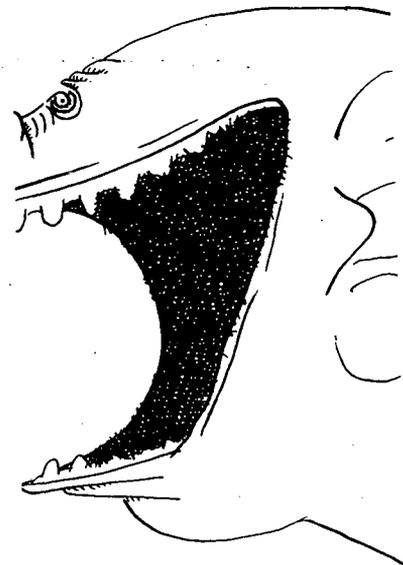
articulan la perspectiva de los grados de conciencia y la extensión progresiva de las entidades en la comprensión cultural y en la reproducción correspondiente?

Por otra parte tenemos la convicción de que se requieren análisis empíricos para dilucidar problemas tan básicos como el de la identificación social, sometida a todo tipo de prejuicios y postulados no revisados. Así entre la constitución del "sujeto social" y las representaciones de los "sujetos históricos" se entrecruzan múltiples "agencias", complementarias y competitivas, incluyentes y excluyentes, que someten a los individuos a diversas tramas con transmutaciones esperadas o indeseadas.

Los espacios de movimiento y conflicto, o si se quiere de desorden y caos, tal vez pueden ser lugares excepcionales para analizar precisamente la generatividad. Por eso nos aventuramos a sugerir algunas problemáticas concretas dentro de nuestra competencia sobre el campo de la producción cultural para el análisis empírico en el contexto latinoamericano:

- a) los procesos de identificación en las situaciones de diglosia, donde se impone una lengua oficial dominante sobre los códigos de las minorías culturales;
- b) la imposición de los puntos de vista narrativo socio-céntricos en circunstancias de diversidad étnica, estratificación social, tensión de géneros, pluralismo religioso y multinacionalismo, a través de las agencias educativas y de socialización;
- c) la dicotomía entre narratividad y espectacularización de los sujetos y de sus vidas por el montaje mediático de la industria cultural.

La asunción de estas problemáticas que descoyuntan a los sujetos sociales, pone en cuestionamiento la labor misma del cientista social, puesto la mayor de las veces para justificar programas de integración de las diferencias culturales (Bourdieu 1982; Jodelet 1989), consolidar un discurso socio-céntrico (Deschamps 1981; Rabinow 1990) o legitimar la



función espectacular de la cultura (Subirat 1988,1991; Brisset 1992; Dieter 1992).

Al fin el juego de la construcción de los sujetos sociales gira en circularidad hacia el papel del cientista en la producción y/o reproducción de las representaciones sociales. Porque, en definitiva, las representaciones sociales historizadas carecen de sentido si no se contemplan en función de las posiciones y de las identidades que ponen en juego los sujetos en la praxis social. Y el cientista se constituye como sujeto en la imputación ética, donde el sí mismo se hace responsable de su práctica teórica dirigida a la vida.

BIBLIOGRAFIA

- Aguirre, J. M. y Bisbal M. (1981) **La ideología como mensaje y masaje**. Monte Avila Ed. Caracas.

- Beriain, Josetxu (1990) **Representaciones colectivas y proyecto de modernidad**. Ed. Anthropos, Barcelona.

- Bourdieu, P. (1970) **La reproducción**, París.

1982 **Ce qui parler veut dire. L' économie des échanges linguistiques**. Fayard, París.

- Braudel, Fernand (1949) **La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II**. Paris, Colin (En castell. 1976, F.C.E.México).

- Brisset, Demetrio (1992) Apor-tación visual al análisis cultural, *Telos*, nº 31, Madrid, pp. 133-142.
- Bruner, Edward M. (1984) "The Opening up of Anthropology" In: Edward M. Bruner (ed) *Jext. Play and Story: The Construction and Reconstruction of Self and Society*, pp. 1-16. Proceedings of the 1983 annual meeting. Washington, D.C.: American Ethnological Society.
- Castoriadis, C. (1983) *La institución imaginaria de la sociedad*, I. Barcelona.
- (1989) *La institución imaginaria de la sociedad*, II. Barcelona.
- Charquía, Diana (1989) *Para investigar procesos de constitución de sujetos sociales*, FACES-UCV, mimeo, Caracas.
- Cohen, Ira. (1990) Teoría de la estructuración social y praxis. En: Giddens, A. y Turner, J. *La teoría social, hoy*. Alianza Editorial, Madrid.
- Córdova, Víctor (1990) *Historias de vida: una metodología alternativa para Ciencias Sociales*. Fondo Editorial Tropykos, FACES/UCV. Caracas.
- De Certeau, Michel (1975) *L'Écriture et l'histoire*. Paris.
- De Miguel, A. (1969) *Introducción a la sociología de la vida cotidiana*, Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid.
- Deschamps J. P. y Lorenzi-Cioldi (1981) Egocentrisme et sociocentrisme dans les relations entre groupes. *Revue Suisse de Psychologie Pure et Appliquée*, 40, p. 108-131.
- Dieter, Claus (1992) Su vida, por favor. Momentos autobio-gráficos. *Dia-logos de la Comunicación*, nº 33.
- Dundes, Alan (1983) Defining Identity through Folklore. En: Anita Jacobson- Widding (Ed.) *Identity: Personal and Socio-Cultural*, Ed. Almquist, Atlantic Highland, N.J. USA.
- Durkheim, E. (1978) *Las reglas del método sociológico*. Ed. Morata, 17 Madrid.
- Durkheim, E. Madrid (1982) *Las formas elementales de la vida religiosa*.
- Echebarría, Agustín (1991) *Psicología social sociocognitiva*. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Ferrarotti, Franco (1991). *La historia y lo cotidiano*. Ed. Península, Barcelona.
- Feyerherand, P. (1975). *Contra el método*. Ed. Ariel, Barcelona.
- Foucault, M. (1972) *La arqueología del saber*. Siglo XXI Edit. Barcelona.
- (1980) *El orden del discurso*. Tusquets Editores, 2ª ed. Barcelona.
- Gergen, K.S. (1988) Narrative and the Self as Relationship. En: Berkowitz, L. (Ed.): *Advances in Experimental Social Psychology*, Vol 21, pp. 17-56.
- Giddens, Anthony (1990). El estructuralismo, el postestructuralismo y la producción de la cultura, en Giddens, A. y Turner, J. *La Teoría Social, hoy*. Alianza Editorial, Madrid.
- (1976) *New Rules of Sociological Method. A Positive Critique of Interpretation Sociologies*. London: Jutchinson; New York, Basic Books.
- Habermas, J. (1989) *Teoría de la acción comunicativa: I-II*. Ed. Taurus, Madrid.
- Harré, R. (1987) The Social Construction of Selves. En: Yardley, K. & Honess, T. (Eds): *Self and Identity: psychological perspectives*, New York, John Wiley & Sons.
- Hechter, Michael (1992) La teoría de la opción racional y la sociología histórica. En: *La sociología histórica. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, Septiembre.
- Lacan, J. (1977) *Psicoanálisis: Radiofonía & Televisión*, Ed. Anagrama, 18 Barcelona.
- Levi-Strauss, C. (1987) *Antropología estructural*. Ed. Paidós, Barcelona.
- (1981) *La Identidad*, Ed. Petrel, Barcelona.
- Maffesoli, Michel (1990) Identidad e identificación en las sociedades contemporáneas. En: *El sujeto europeo*, Barcelona.
- Martín Serrano, Manuel (1987) *La producción social de la comunicación*. Alianza Editorial, Madrid.
- (1977) *La mediación social*. Akal Editorial, Madrid.
- Marx, K. (1958) *La ideología alemana*. Pueblo Unidos, Montevideo.
- Mcad, George H. (1982) *Espiritu, persona y sociedad*. Paidós, Barcelona.
- Peirce, Ch. S. (1955). *Selected Papers*. Cambridge, Mass. Harvard Univ. Press.
- Rabinow, Paul (1990) Representations are Social Facts. Modernity and Postmodernity in Anthropology. En: J. Clifford & Marcus (Ed) *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley.
- Rabotnikof, Daniela (1990) Memoria e identidad colectiva. En: *Nariz del Diablo*. II Epoca, nº 16.
- Ricoeur, P. (1970) *Freud: una interpretación de la cultura*. Siglo XXI
- (1975) *Hermeneútica y estructuralismo*. Ed. Megalópolis, Bs. As.
- (1986) *El discurso de la acción*. Ed. Cátedra, Madrid.
- (1987) *Tiempo y narración I: configuración del tiempo en el relato histórico*. Ed. Cristiandad, Madrid.
- (1987) *Tiempo y narración. I. La configuración del relato histórico*. Ed. Cristiandad, Madrid.
- (1992) La identidad narrativa. En: *Magistralis*, Enero-Junio México.
- Touraine, Alain (1978) *La voix et le regard*. Ed. du Seuil, Paris.
- (1973) *Production de la société*. Ed. du Seuil, Paris.
- Turner, Victor (1982) *From Ritual to Theatre*. New York: Performing Arts Journal Press.
- Verón, Eliseo (1987). *La semiosis social*. Gedisa Ed. Barcelona.
- White, H. (1972) *The Structure of Historical Narrative*, Clío 1, pp.12-13.
- Wolff, Mauro (1982) *Sociologías de la vida cotidiana*. Ed. Cátedra, Madrid.